

En Oriente Próximo se producen situaciones ambiguas entre la paz y la guerra, entre el simple conflicto social y las batallas clásicas

NUEVAS GUERRAS y conflictos en «zonas grises»

Cor. Emilio Sánchez de Rojas

Analista del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE)

LAS condiciones bajo las que la política exterior puede obtener el apoyo popular no son necesariamente idénticas a las condiciones bajo las que la política exterior puede ser conducida satisfactoriamente. La frase, no puede ser más actual, parece referirse a los populismos que florecen hoy en día por doquier, incluyendo la principal superpotencia global. Pero pertenece a un artículo de Hans Morgenthau publicado en 1949.

Una de las diferencias entre la visión geopolítica de un estado y las simples políticas de gobierno es su estabilidad en el tiempo. Rusia ha demostrado disponer de una clara visión geopolítica sobre Oriente Próximo. ¿Podemos afirmar lo mismo de los Estados Unidos? Sí, pero Estados Unidos ha dejado de ser la potencia hegemónica que solía ser. Cuando quiso aplicar su poder «duro» fracasó en la guerra de Irak, y en gran medida en la de Afganistán. Los resultados tampoco serían satisfactorios cuando se optó por cambiar de estrategia y dar paso a una más «suave» que primara la acción diplomática y redujera el papel militar a pivotar la flota hacia el Pacífico y mantener una presencia mínima, basada en fuerzas de operaciones especiales y el empleo extensivo de drones.

El poder «suave» basado en la «diplomacia pública», empleado con éxito en Serbia y en Georgia, sería la estrategia escogida por Hillary Clinton en sus tiempos de Secretaria de Estado, en sustitución de la militar de George W. Bush. Con la estrategia basada en el poder «suave», Hillary Clinton no solamente no alcanzaría su objetivo de establecer democracias en Oriente Próximo, sino que —ley de las consecuencias no prevista— en la región, hoy proliferan las «teocracias» y los estados cuasi fallidos, todo ello aderezado con el retorno del terrorismo.

La evolución hacia lo que el presidente Obama calificó como estrategia basada en el poder «inteligente», tampoco sería satisfactoria: su fracaso en Libia ha dejado como herencia un país cuasi fallido con conflictos «clánicos» y religiosos aparentemente irresolubles, solamente superado por una intervención en Siria que convirtió un conflicto social y humanitario, sin duda importante, en una guerra abierta entre numerosos actores locales, a la que asisten impotentes actores regionales y globales, que da como resultado al *Daesh* y una crisis humanitaria de proporciones descomunales.

EL COMPLEJO DE CULPABILIDAD

El reconocimiento de sus fracasos a la hora de evaluar la situación y las consecuencias de sus intervenciones es un primer paso. Pero, salvo honrosas excepciones, los políticos norteamericanos tienden a mostrar su «complejo de inculpabilidad»; la culpa siempre es de otros. Los fallos no son atribuidos a una toma de decisiones precipitada, sino a unos análisis de inteligencia deficientes, particularmente en la región de Oriente Próximo y Norte de África. La Comisión sobre inteligencia y armas de destrucción masiva afirmaría que los fracasos de la comunidad de inteligencia sobre los programas de armas de destrucción masiva de Saddam Hussein se debían a un desconocimiento cultural y lingüístico. Nunca cuestionaron las decisiones, tomadas con antelación.

A Obama tampoco le faltó «complejo de inculpabilidad». Las revueltas árabes propagaron los conflictos y propiciaron la inestabilidad y el terrorismo en todo el Oriente Próximo, consecuencias que atribuía a continuos «errores en el análisis de inteligencia». En una entrevista con Fareed Zakaria, Obama afirmaba que «la capacidad de ISIL, no sólo para mantener una presencia masiva en Siria, sino



Hélène Cricquet

para lanzar las principales ofensivas terrestres que permitieron, por ejemplo, la toma de Mosul, no estaba en mi pantalla de radar de inteligencia». Tampoco los analistas de inteligencia —se quejaba Obama— serían capaces de predecir la recuperación de Alepo, y por parte de las fuerzas leales Bashar al-Assad, con el apoyo de Rusia y de Hizbullah, a finales de 2016.

Lo cierto es que, pese a los fallos de inteligencia, se puede afirmar que el principal problema fue de liderazgo, tanto político, al no medir las consecuencias de las decisiones precipitadas, como militar, a la hora de definir claramente la misión, evaluar las estrategias propias y del adversario y determinar las herramientas más adecuadas.

GUERRAS O TODO LO CONTRARIO

En el escenario de Oriente Próximo se han producido situaciones ambiguas que forman parte de esa «zona gris» entre la paz y la guerra, entre el simple conflicto social y las batallas clásicas. Además, las batallas de guerras como la del Líbano de 2006 o las más recientes de Libia, Yemen o Siria, se centran en la ocupación y mantenimiento de las ciudades, y el control, que no dominio, del terreno, especialmente de las comunicaciones. Los nuevos conflictos no son más que réplicas «postmodernas» de las guerras civiles previas a la Segunda Guerra Mundial, especialmente la española, donde ya se producía el enfrentamiento a todos los niveles.

Existen malentendidos que provocan una percepción defectuosa de un conflicto contemporáneo. Por un lado, las expectativas políti-

cas y de la opinión pública son de una victoria rápida y a bajo coste; además, hay un cierto simplismo sobre lo que se puede lograr con el empleo exclusivo del poder militar, y sobre todo, una percepción ingenua de los adversarios y del contexto del conflicto. Hoffman defiende que se deben evitar clasificaciones muy definidas y sustituirlas por un espectro de conflictos con límites difusos.

Lo más cómodo para el planeamiento militar es definir un conflicto de forma que sean de aplicación las estrategias y métodos previamente empleados. Así, si se define un conflicto como «insurgente», permite aplicar las estrategias COIN (de contrainsurgencia) previamente diseñadas y entrenadas. Pero la

realidad no es de guerra o paz, sino que existe una zona entre ambas, un auténtico espectro de zonas grises entre el blanco y el negro. El *Daesh*, como anteriormente hiciera el ISIL, se han aprovechado de la tendencia estadounidense a definir estos paradigmas y de las brechas institucionales que generan. Por un lado, el *Daesh* cuenta con un auténtico ejército capaz de librar batallas, conquistar ciudades como Mosul y mantenerlas durante largos perio-

dos de tiempo. Por otro, cuando pierde el control territorial se «diluye» en sus «santuarios» o se sumerge bajo tierra a la espera de mejores condiciones, mientras mantiene una estrategia subversiva dentro y fuera de su espacio vital, Siria-Irak. Además, desarrolla en todo momento, pero especialmente en los periodos más desfavorables, una auténtica estrategia terrorista en el corazón de los que consideran sus auténticos enemigos, Estados Unidos y Occidente.

Un «éxito inmediato» no significa que la estrategia se pueda seguir empleando

A N Á L I S I S

Por otra parte, la existencia de conflictos como los de las conocidas inicialmente como «primaveras árabes», donde no se emplearon los instrumentos militares, pero donde se produjo un número importante de bajas y, en algunos casos, se provocó un cambio de régimen, no entrarían dentro de la definición de guerra irregular o de terrorismo, tampoco de guerra híbrida o guerra limitada. Entrarían de lleno en el concepto de «Conflicto en la Zona Gris» que, como define Frank Hoffman, «...captura las actividades multidimensionales deliberadas de un actor estatal que se encuentran inmediatamente por debajo del umbral del uso agresivo de las fuerzas militares. En estos conflictos, los adversarios emplean una serie integrada de instrumentos de poder nacionales y subnacionales en una guerra ambigua para lograr objetivos estratégicos específicos sin cruzar el umbral del conflicto manifiesto». Naturalmente, estos conflictos en la zona gris también tienen diferentes «tonalidades» de grises.

¿Nuevos conflictos o nuevos medios? La respuesta es una y otra. No cabe duda de que alguno de los conflictos, como los de la Primera Guerra del Golfo, han sido puramente militares y la superioridad tecnológica permitió diseñar operaciones de tirallineas. Tampoco cabe duda —lección aprendida— que

lo que parecía cierto para la primera, no lo fue para la Segunda Guerra del Golfo, y mucho menos para combatir el terrorismo «líquido» que practicaba *Al Qaeda* durante la década pasada, y donde la ocupación del terreno carecía de relevancia.

Además, se ha producido un retorno de la geopolítica y, al regreso con fuerza de actores casi olvidados tras la disolución de la Unión Soviética —Rusia—, se suman otros actores que adoptan una actitud cada vez más asertiva en su zona de influencia, como China en el mar del sur de China, donde el gris de los conflictos podría ser extremadamente peligroso si se «oscureciera» por un «malentendido» ante el lenguaje provocador del recién estrenado presidente Donald Trump. La política exterior «errática» que está manteniendo Estados Unidos hace pensar que ha pasado de ser una política de estado, y por tanto con una gran coherencia y estabilidad, como tradicionalmente fue, a ser una política de partido que fluctúa como una veleta.

Los actores regionales, ante la volubilidad de la política norteamericana, podrían optar por apoyos alternativos más estables y buscar sus propios intereses, por encima de los de la estabilidad de la región. Así, las discrepancias en Oriente Medio no son solamente entre chiitas y sunitas, sino también entre sunitas, y los apoyos en la guerra de Siria Irak, oficialmente a favor de las opciones norteamericanas, no descuidan al *Daesh*, e incluso ya no exigen la deposición de Assad. Lo mismo se podría afirmar de los conflictos en Yemen y Libia, o en Egipto, con los *Hermanos Musulmanes*. La incertidumbre



Hélène Griquel

reina tras las primeras decisiones del nuevo presidente, que ejecuta, sin contemplaciones por el momento, sus propuestas electorales.

La resolución de los conflictos que proliferan en Oriente Próximo representa lo que Barry D. Watts califica como un «problema perverso» sin soluciones evidentes, porque las consecuencias no previstas de una determinada solución pueden producir resultados peores que el propio problema que se pretendía resolver. La «lección aprendida» en la región MENA (acrónimo de *Middle East and North Africa*) es que un «éxito inmediato» no significa que la estrategia empleada se pueda seguir aplicando.

Ya no contamos con los instrumentos, métricas, indicadores o técnicas operacionales que podían ser aplicadas a todos los problemas

estratégicos durante la «Guerra Fría», o cuya validez se mantenga simplemente durante todo el ciclo de vida de un conflicto determinado. Estados Unidos, tradicional poder hegemónico en Oriente Próximo, renunció a emplear su *hard power*, consecuencia del «síndrome de Irak», su *soft power* quedó desacreditado por el uso —real o percibido— de dobles estándares, y su *smart power*, sufre del «síndrome de Libia».

Es probable que la administración de Trump aplique cambios significativos en la estrategia de inteligencia, diplomática y militar de los Estados Unidos para Oriente Próximo. Se estima que la política de Trump en Siria se centraría en combatir al *Daesh*, pero no en la eliminación de Assad. Mientras que la designación de un embajador de línea dura en Israel, David Friedman, que se opone a una solución de dos Estados y apoya los asentamientos israelíes, deja clara su posición respecto a la cuestión palestina. Las designaciones del general James Mattis para dirigir el Pentágono y del general Mike Flynn como consejero de la seguridad nacional, ambos jubilados y de línea dura, llevan a pensar que habrá una aproximación más «dura» al islamismo radical.

La política exterior y de seguridad de Estados Unidos ha sido muy estable en aquellas zonas donde sus intereses nacionales se consideran vitales, como Oriente Próximo. En palabras de Condooleezza Rice, «la antigua dicotomía entre realismo e idealismo nunca ha afectado verdaderamente a Estados Unidos, porque no aceptamos que nuestro interés nacional y nuestros valores universales se contrapongan... Incluso cuando nuestros intereses y nuestros ideales entran en conflicto en el corto plazo, creemos que a la larga son inseparables».

Pero esto era antes de que Donald Trump alcanzara la presidencia. La pregunta es muy simple: ¿evitará Trump que se contrapongan los intereses y valores norteamericanos, o promoverá los intereses con cualquier medio? ■